

## La Coyuntura Política y Económica en el mundo y en Brasil

Buenas noches a todas y todos los presentes.

Saludo el presidente, y al hacerlo, saludo también a todas y todos los economistas, estudiantes de ciencias económicas, maestros y demás invitados.

Registrados los saludos, paso al análisis de los escenarios político y económico internacionales.

La crisis de 2008 fue el ápice de una serie iniciada en los años 1970. Algunos de nosotros, jóvenes hace más tiempo, seguramente recordamos la crisis del petróleo, cuyo alcance fue mundial, pero con reflejos especialmente perjudiciales para los países del tercer mundo. El sistema de financiamiento inmobiliario de Estados Unidos, capitaneado por el banco Lehmann Brothers, emisor de títulos en los que estaban lastradas las hipotecas iniciales y sus renovaciones sistemáticas, creó una burbuja de activos que no estaban apoyados en algo concreto. La falencia de éste banco fue el punto de eclosión de dicha burbuja. La razón de sus efectos en las economías de gran parte del mundo está íntimamente vinculada a los sistemas de derivados esparcidos por los banqueros, los cuales, a través de la financiarización de la economía, dominan los gobiernos y los sistemas económicos de casi todos los países. Estos papeles fueron adquiridos por rentistas de varias nacionalidades y el derrumbe de su emisor globalizó la crisis.

La crisis contagió toda Europa, tuvo impactos en Asia y Latinoamérica y se esparció por el mundo en consecuencia de la financiarización excesiva de la economía mundial. Actualmente, algunos billones de dólares ruedan a partir de comandos sencillos efectuados en aparatos del mundo de la tecnología de la información, en la forma de títulos que no poseen lastre en riqueza real. En consecuencia de la crisis, las economías de muchos países tuvieron recesión, otras pasaron a presentar bajo crecimiento y los niveles de desempleo crecieron de manera espeluznante, en especial entre los jóvenes.

Abro paréntesis aquí para mencionar la reprochable postura de las principales agencias de clasificación de riesgos, las cuales erraron groseramente al avaliar el banco Lehmann Brothers como institución financiera tipo AAA poco antes de su quiebra y por no haber previsto su inminente falencia. Standard & Poor's y Moody's, líderes en el mercado,

detienen un 80% de los clientes que encomiendan sus análisis y obtuvieron resultados iguales. Esto me lleva a temer los efectos nocivos del producto de sus análisis, pues las veo como norteadas por los deseos de los banqueros y rentistas, sus jefes en última instancia, de profundizar la expoliación que ya efectúan sobre muchos países y sus pueblos. Dos o tres de estas agencias rebajaron hace pocos años la clasificación de riesgo de Brasil, alegando razones que, si fueran tomadas en serio, implicarían el rebajamiento de al menos otras cuatro naciones que no fueron objeto de siquiera un comentario negativo. Hay que tener mucho cuidado con ellas.

La actual coyuntura fue tornada posible después del rompimiento del patrón oro, patrocinado por los norteamericanos después de la Segunda Guerra Mundial, bajo el argumento de que reconstruirían a Europa y salvarían las democracias y quizás el mundo, gracias a la inauguración del patrón dólar.

En realidad, su verdadera intención era tornar su moneda hegemónica en las operaciones comerciales entre países.

Las políticas destinadas a revertir el cuadro están subordinadas a los intereses de banqueros, rentistas, parte de los empresarios, políticos y personas de las clases medias, las cuales, en líneas generales, se valen de los argumentos de que inversiones, empresas y servicios públicos son ineficientes, con el objetivo de apropiarse de todos ellos, si posible a precio vil, de beneficios fiscales sin contrapartidas, para así seguir obteniendo ganancias indecentes.

En los países donde existen dirigentes dignos, ellos subordinan sus bancos centrales y privados y toda suerte de rentistas a los intereses de la sociedad.

Los niveles de desempleo siguen altos en varios países y esto es lo que está por detrás del cierre de mercados como el de Estados Unidos, a través de sustitución de importaciones contra China, quien desde los años 80/90 aprendió a jugar al capitalismo, y contra los países de la Unión Europea. Recientemente hemos visto varias rondas de represalias entre Estados Unidos y China y entre Estados Unidos y Unión Europea, tasando importaciones y tornándolas más caras en decenas de miles de millones de dólares.

Otro acto importante fue la devaluación del Yuan frente al dólar, que va a provocar, si no se revierte, la falencia de muchas empresas occidentales, con razonable destaque para las empresas de Brasil.

Además de estos problemas, hay hechos interesantes, como la salida de Inglaterra de Unión Europea a partir del proceso denominado Brexit, el cual se arrastra sin solución final hace años. No es posible negar razón a los ingleses que luchan por sobrevivir en los rincones de aquel país y no son beneficiados por la riqueza circulante en Londres, en especial su centro financiero. Asimismo, merecen destaque las tensiones referentes a las reglas de pertenencia y convivencia entre los miembros de la Unión Europea defendidas por Alemania y Francia, que contribuyeron para profundizar la crisis económica y política en Turquía.

La retomada de las políticas de sustitución de importaciones, repatriación de empresas, guerra ideológica, comercial y por la hegemonía en el campo del conocimiento y de las tecnologías derivadas de la cuarta revolución industrial son las generadoras de las iniciativas de América del Norte y Unión Europea de intentar imponer acuerdos comerciales bilaterales o regionales, a ejemplo del NAFTA, a los demás países. La evasión de industrias de Estados Unidos hacia las regiones de Asia donde los costos de mano de obra son menores, teniendo como contrapartida el empobrecimiento y el crecimiento del desempleo en ciudades del interior de aquel país – como, por ejemplo, en el que fuera denominado cinturón del hierro – pone en jaque la apertura de mercados y el neoliberalismo, tan defendidos, hasta recientemente, por los Estados Unidos e Inglaterra, renovados y tornados aun más nocivos para la humanidad en el siglo XX por las iniciativas de carácter ideológico de la ex primera ministra inglesa Margareth Thatcher, de triste memoria.

Hay varios países desarrollados en mayor o menor grado, con significativo poder militar, desencadenando tensiones políticas, comerciales y militares, a ejemplo de Corea del Norte, China, Rusia, Irán, Francia, Israel y Estados Unidos y, además, vivemos el recrudecimiento de la xenofobia, esta última cada vez más apartada de cualquiera de los principios básicos que permitieron avances de carácter humanitario hacia los flujos de inmigrantes.

Es importante recordar que las amenazas de realizar acciones militares de parte de Estados Unidos, Colombia y Brasil contra Venezuela, aunque no fueron llevadas a cabo, trajeron tensiones a nuestra región. Los presidentes Donald Trump, Iván Duque y Jair Bolsonaro recularon hasta ahora, pues sus intenciones no resistieron a la constatación de que el aparato bélico de aquel país ya está, hace mucho tiempo, anclado en las tecnologías rusas y chinas, con especial destaque para

las primeras. Tal vez esto explique la cobardía del ocupante de la vicepresidencia de Brasil, general Mourão, que primero defendió una solución militar, teniendo el apoyo de las tropas brasileras, pero cuando desafiado por Nicolás Maduro a marchar ante ellas en una invasión, reculó y pasó a defender una solución política y autónoma para los problemas de aquel país, revelando tener sentido común, aunque solamente después de desafiado.

## II – Escenario en Brasil

Hay estudios demostrando que países en los que existan determinadas condiciones pueden deflagrar más fácilmente procesos de desarrollo económico sostenibles. Entre las principales, podemos destacar la capacidad de obtener un Producto Interno Bruto de valor considerable, superior a los 600 mil millones de dólares; poseer una población capaz de garantizar un robusto mercado interno, o sea, superior a 2 millones de habitantes; poseer territorio de dimensiones significativas, rico en materias primas, libre de conflictos étnicos o raciales y sin disputas territoriales con sus vecinos. Añado a estos presupuestos la existencia de élites dignas de este nombre.

Cuando analizamos las condiciones actuales de los países del mundo, a la luz de las tres primeras condiciones, encontramos en posiciones de destaque Brasil, Rusia, China, India y Estados Unidos. En el caso de Brasil, los banqueros, rentistas, militares, la mayor parte de la clase media y de los políticos, que sumados constituyen la menor parte de la población, pero son los más ricos, no se interesan en una planificación de largo plazo para alcanzar el desarrollo y aun menos en reducir las desigualdades sociales, dado que su única preocupación es con la elevación de sus ganancias y/o sueldos, aunque cueste la entrega del país y de sus riquezas a potencias extranjeras, a ejemplo de lo que ocurre con el pré-sal, Petrobrás, gasoductos, refinerías, el acuífero Guaraní, la base de Alcántara, la Embraer, las reservas minerales de Amazonia y la liberación de compra de tierras por extranjeros.

Mientras Rusia incorporó a Crimea y puso sus tropas para luchar en Siria, para proteger sus gasoductos, ya existentes en el primer caso, y en construcción en el segundo, los cuales permiten calentar a Europa en invierno con el gas de sus yacidas y generan empleos, renda y riqueza para el pueblo ruso, en Brasil se está entregando toda la infraestructura de explotación de gas y refino de petroleo a precio de

banana.

En Brasil, la jaez ya descripta siempre operó, en el pasado y recientemente, para elevar su margen de ganancia, aposarse de la estructura del Estados, utilizando mecanismos nada republicanos, y en 2016 dieron un golpe liderado por los poderes judicial y legislativo, éste último auxiliado por el Tribunal de Cuentas de la Unión, todos incentivados por medios conservadores y por una clase media elitista.

La crisis de 2008 demoró a llegar a Brasil, en función de los esfuerzos del legítimo gobierno anterior, dedicados a mantener el nivel de pleno empleo existente hasta 2014, apoyando la demanda por productos a través del acceso al crédito, incluyendo el consignado; rebaja de impuestos y habilitación de préstamos a tasas de intereses reducidas, para incentivar la producción. Con el crecimiento del desempleo, la caída de los ingresos tributarios, la disminución de la producción, la paralización de la economía y la caída de los precios de las commodities (mineral de hierro, petróleo y soya), fruto de la globalización de la crisis internacional, el camino para los golpistas fue facilitado. Hoy ellos operan para dilapidar las fuentes de recursos públicos, entregar a Estados Unidos las riquezas naturales del país, su infraestructura, sectores estratégicos como el de energía y parte del territorio nacional, además de mantener exenciones tributarias gigantescas e injustificadas, a ejemplo de la que beneficia a Coca Cola, una de las interesadas en la privatización del acuífero Guaraní, el cual, además de ella, tiene como pretensa compradora a Nestlé. Debemos registrar que esta privatización atingirá también las reservas de los países limítrofes a Brasil por donde se difunde el acuífero.

El número de desempleados se encuentra alrededor de los 13 millones y hay un muy elevado número de individuos que desistieron de buscar trabajo o que se encuentran en situación de subempleo – un total de 34 millones de almas.

Tenemos un muy grave proceso de desindustrialización y una dependencia exacerbada de exportaciones de productos primarios, defendida con el discurso de que Brasil puede ser el granero del mundo.

No hay políticas para defender el mercado interno. Hasta Trump las toma, un día sí y otro también, en función del desempleo en Estados Unidos.

No hay ninguna propuesta presentada por los actuales ocupantes de cargos en el gobierno de alguna planificación de largo plazo hacia el

desarrollo de Brasil. Las palabras de orden de Bolsonaro y del “chicago boy” Paulo Guedes pueden ser resumidas en una frase: “Vengan todos, en Brasil todo está en venta”.

Los golpistas usurparon el poder con el discurso de que salvarían el país, pero la realidad permanece negativa y el escenario fue deteriorado por la adopción de medidas de austeridad injustificables. Son ejemplos la segunda tasa básica de intereses más grande del mundo, de 5,5% al año, fijada por el Banco Central pero definida por el sistema financiero privado. Para el ciudadano común, sin embargo, los banqueros sanguijuelas aplican algo entre 37,7 y 37,9% al año.

Además, las inversiones públicas fueron congeladas por 20 años, tornando inviable la enseñanza pública en todos los niveles, la salud pública y las obras de infraestructura. La edición de una reforma laboral que torna más pobres a los aun empleados, diezmando sus derechos sociales conquistados al costo de mucho sudor y luchas a lo largo de décadas. Otra crueldad sin tamaño es la reforma previsional que condenará a penuria los actuales y futuros jubilados y la no corrección del valor real del sueldo mínimo.

En consecuencia del golpe y de la incompetencia comprobada de los actuales gobernantes, hay descrédito de amplia parcela de la población en las instituciones y en su capacidad de vencer la recesión que asola el país. El Producto Interno Bruto, que decían tener un crecimiento de 3%, camina hacia los 0,8% y, en mi opinión, puede ser incluso negativo. La carga tributaria es extremadamente regresiva, penalizando a los más pobres, y las propuestas presentadas, con excepción de aquella gestada en el Foro Nacional por la Reducción de la Desigualdad Social, coordinado por el Consejo Federal de Economía, pueden ser aun peores.